

DOS HERMANAS

Marianne Krause



DANZA DE PERSONAJES MITOLÓGICOS Y ALDEANOS (RUBENS)

Parece que no termina de amanecer y aunque la luz, tenue, ya traza leves surcos en el cielo gris, la premura por ver despuntar el sol agita a Annete. Espera y se revuelve inquieta, sin importarle que cada uno de sus movimientos le saque un chirrido de madera vieja a la cama, casi deseando molestar a su hermana Dorothea hasta hacerla despertar. Por fin el sol se filtra entre las ranuras de la contraventana y cruza la estancia marcando varias líneas blancas saturadas de brillos. Es el momento. Annete da un codazo a su hermana y le dice que ya, que se levante, que hay muchas cosas que hacer, que hoy es el día de la fiesta, Doro, un año entero esperando, ¡vamos!

Annete salta de la cama, descalza, con su larga melena de brillos rojizos revuelta, abre los postigos y arrastra el pesado baúl hasta el borde de la cama. Mientras retira con una mano los pequeños sacos de lavanda, saca atropelladamente con la otra camisas, enaguas, vestidos y delantales que deposita sobre la cama. Revisa cada prenda frente a la ventana abierta a la búsqueda de huellas de polillas o ratones, pero sonrío porque la ropa está intacta.

Encima de su camisola de dormir abraza su vestido azul y comienza a bailar dando vueltas por la habitación. Recuerda la fiesta de la última vendimia, recuerda a Jan, su aliento ácido, cálido sobre su cuello, sobre su cabello. Las risas y sus promesas.

*Él volverá este año y hablará con padre. Es comerciante, con tienda de abastos en Gante. He repetido su nombre cada noche en mi lecho. Jan. En un susurro, para que Doro no me oiga. Ella no espera a nadie.*

*Cuando padre se enfurezca conmigo porque no me quiero desposar con su primo Alfons, le diré que Doro no está comprometida, que somos iguales. Que se acuerde que*

*madre le tenía que decir cuál de las dos éramos. Seguimos siendo iguales, aunque solo por fuera. Que se quede ella con Alfons, padre, le diré. ¡Si somos iguales! Entonces Jan y yo nos iremos a Gante y le ayudaré en la tienda y le daré robustos hijos que se encargarán del negocio cuando seamos viejos.*

Por fin Dorothea se despereza y se toma su tiempo para abandonar la calidez del lecho; recoge su larga melena de brillos rojizos en una redecilla y sale de la casa con su hermana Annete. Recorren de prisa el sendero hacia el regato porque quieren ser las primeras, quieren estar solas. Saben que todas vendrán a lavarse, a prepararse para la fiesta, y que harán bulla, cantarán, contarán chismes.

Como el agua esta fría, aunque no tanto como lo estará cuando el otoño se lleve los días de sol que escasean ya, su baño es corto y se interrumpe cuando se escuchan las voces y las risas de las otras muchachas. ¿Para quién os aseáis tan pronto? Ríen maliciosamente al preguntar.

Al regresar a la aldea se encuentran con los preparativos del festejo en el límite del bosque. Los viejos, su padre entre ellos, acomodados en los largos bancos de madera traídos desde la iglesia, ríen y cantan con sus bocas desdentadas, mirando con ansia los barriles de vino, de cerveza, las bandejas de arenques, las liebres y truchas ensartadas sobre grandes fogatas que las mujeres vigilan. Los chiquillos persiguen a los jóvenes que acarrear los cestos con las uvas recién cortadas, pugnando por llevarse algún que otro racimo.

Annete y Dorothea se unen al grupo de muchachas y parten en rebanadas las grandes hogazas de pan de centeno recién horneadas. Annete mira constantemente el camino que viene de Gante. Su hermana sabe por qué. Pero disimulan y escuchan las bromas de los

aldeanos, las apuestas sobre si tal o cual muchacha estará disponible para este o aquel pretendiente. Alguno tantea a Annete, que ríe sin responder mientras Dorothea baja la vista con las mejillas arreboladas.

Se escucha entonces, lejano, un rumor de árboles agitados. Todos dejan sus labores y se quedan en suspenso mirando hacia el bosque. Hasta los viejos se callan y los chiquillos buscan el cobijo de los mayores. Las muchachas se aproximan unas a otras con pequeños pasos casi imperceptibles.

Cada vez están más cerca, ya se oyen los pasos entre los árboles, ya las risas graves y varoniles. Y de pronto, ahí están, los hombres del bosque, extraños y misteriosos seres de los que se cuentan tantas cosas... Caminan haciendo sonar las pulseras de cascabeles que ciñen sus pantorrillas, unidos en torno a un joven risueño que adorna con hiedra sus rubios cabellos y cubre su espalda con una piel de leopardo. Cada año los aldeanos los esperan y cada año temen que no vengán, que no estén para alegrar y animar los festejos de la vendimia con su bulla y sus galanteos. Se alegran de tenerlos al fin, pero guardan silencio, un mutismo reverencial que nadie se atreve a romper.

Por fin, uno de los hombres del bosque, maduro, impetuoso, con el torso desnudo y una corona de hojas en su cabeza alza su mano componiendo un saludo sencillo y entonces todos recobran la sonrisa y sienten, de nuevo, la alegría de la fiesta. Empiezan a correr el vino, la comida, las canciones y la risa. El hombre maduro se aleja con los demás hacia las barricas de vino, pero se vuelve y observa, solo un segundo, a Annete, que, esta vez, baja la mirada con las mejillas arreboladas. Despacio, busca la mano de su hermana y tira de ella.

Aún tenemos que prepararnos para el baile. Vayamos a casa, le susurra, con la vista, de nuevo, en el camino que viene de Gante.

Mientras Dorothea enciende unas velas en la penumbra de la estancia de su padre, Annete se arrastra bajo la vieja cama y saca el cofre de joyas de su madre. Enseguida traen de su habitación las prendas ya oreadas y una a la otra se recogen el cabello, lo adornan con las cadenitas que su madre les regaló, se deslizan en sus delicadas camisas, se ponen las enaguas y el vestido azul y se anudan el delantal. Se asoman con las cabezas muy juntas al espejo que el padre le regaló a la madre el día de su boda. Se miran excitadas. En el reflejo hay dos rostros de piel muy blanca, dos escotes apenas velados por la transparencia de la camisa, cuatro ojos oscuros que esperan.

Se toman de las manos y se observan una a otra y se ven iguales. Pero no lo están. Dorothea lleva una cadena fina de oro en su cabello, los botones dorados rodean completamente las mangas de su vestido y ha elegido un delantal azul. Annete lleva en su cabello una cadena de pequeñas piedras brillantes, hay pocos botones dorados en las mangas de su vestido y ha elegido un delantal blanco. Se abrazan, no saben por qué, pero se abrazan.

Corren de la mano hacia la fiesta y se acercan al tumulto de risas y canciones. Annete siente entonces que Dorothea aprieta sus dedos y sabe por qué. Mira hacia el camino que viene de Gante y su corazón comienza a latir en sus mejillas cuando él las descubre y sonrío. Tiene el pelo más largo y el ala de su amplio sombrero le tapa un poco la frente. Su camisa es fina, de buena calidad. Con decoro, se acerca a las hermanas y duda un instante, pero disimula el tiempo necesario para observar cómo el pecho de una de ellas se agita por la

respiración entrecortada. Annete le devuelve el saludo con una calidez en sus palabras y una cercanía física que Dorothea no adopta. Al contrario, se disculpa y corre hacia las muchachas mientras ellos se alejan, lo que no pasa desapercibido para el hombre del torso desnudo.

Cuando las sombras se alargan algunos viejos duermen apoyados unos sobre otros o contra los troncos, con las bocas desdentadas ahora abiertas en ronquidos alcohólicos, sordos ante la música de las flautas y tambores que los anima a todos a buscarse, a enlazarse, a tocarse.

Jan, Anette y Dorothea han juntado sus manos y bailan descalzos sobre la hierba hasta que el hombre del torso desnudo irrumpe en su pequeño círculo encabezando una cadena de danzantes ebrios de cerveza y deseo. Sin saber cómo, Anette pierde las manos de Jan y de Dorothea y siente otra mano, fuerte, en la suya, pequeña. Forcejea para librarse de ella y por un movimiento brusco su seno blanco y redondo queda a la vista de todos, a la vista del hombre. Abrumada, ve la reprobación en la mirada de su hermana, ve el esfuerzo de Jan por vigilarla, percibe la cercanía del hombre del bosque y su aliento cálido y ácido en su cuello.

La fila no para, se ondula, se contrae o se estira, pasa bajo los pañuelos que sostienen dos parejas, vuelve a pasar una y otra vez, y entonces el hombre del torso desnudo rompe la cadena y Annete siente que la arrastra hacia el bosque. Ella vuelve su cabeza para mirar a Jan y a Dorothea pero las ramas y las hojas de los árboles le impiden verlos. Se siente tan sola que se asusta, los llama pero la música y las risas ahogan su voz. La mano de él sigue

firme, llevándola lejos, hacia el interior del bosque, donde ya no se oyen flautas ni tambores, risas ni gritos, solo una respiración agitada por el deseo y otra por el miedo. El hombre se detiene pero no la toca, la alza en sus brazos y corre. Annete cierra los ojos, apoyada su cabeza en el fuerte torso, y solo escucha los cascabeles en cada zancada y el rumor de los latidos de su corazón.

- - - - -

Annete camina con sigilo al perder el cobijo de los árboles del bosque. El humo de las fogatas apagadas y el rancio olor a vino y cerveza vertidos en la hierba impregnan el aire fresco de la noche. Algún aldeano ronca tirado en el suelo. La pálida luz del candelabro de su estancia se derrama hacia afuera y la guía en medio de la oscuridad. Entra en su casa y descubre a Jan envuelto en una manta, dormido en el banco de la cocina. Se acerca y ve su bello rostro contraído en una mueca de dolor, quizás por un mal sueño. Sube a su habitación y aspira el aroma que desprende Doro, siempre tan dulce. Apaga las velas y entra desnuda en la cama. Abraza a su hermana y la despierta soplándole en la oreja, como hacían de niñas. Doro se sobresalta aunque enseguida llora de alegría al verla a su lado. Comienza a preguntarle mil cosas, pero Annete le tapa la boca con su mano.

*Jan es un hombre muy bueno, Doro. Me ha contado que su negocio prospera y que los burgueses más ricos de Gante están entre sus clientes habituales. Su hogar necesita de una buena mujer joven y está seguro que adoraré a su anciana madre. Gante bulle de vida y su casa es muy comfortable. Incluso quiere que algún día zarpeamos en un barco con destino*

*a las tierras de ultramar para conocer esos lugares y elegir nuevos productos para su tienda de abastos. Nos hemos reído pues estuvimos a punto de discutir porque él quiere tener muchos hijos varones y yo quiero muchas niñas, para verlas crecer tan felices como hemos sido tú y yo.*

*Pero ahora todo ha cambiado, Doro. Ahora tú serás Annete.*

*Vístete mañana con mi vestido azul, con mi delantal blanco, pon en tu pelo mi cadenita de piedrecillas brillantes y diles que volviste en la noche y que Doro se había ido. Que Jan pida tu mano y marchad a Gante. Pero vuelve el próximo año.*

*No llores Doro, sé que vas a ser muy feliz con Jan. Yo también lo voy a ser en el bosque y cada otoño volveré en la vendimia a verte, con los hombres del bosque, con mis cascabeles en las pantorrillas, con mi pelo cubierto de flores y el cuerpo colmado del deseo de él.*

El abrazo es tan fuerte que duele, las lágrimas son tantas que nublan las miradas, el amor es tan intenso que ríen. La nueva Doro salta de la cama descalza, con su larga melena de brillos rojizos revuelta, y corre desnuda hacia el bosque donde él la espera.